



La torre vigía



ELIZABETH HARROWER

*Traducción del inglés a cargo de
Jon Bilbao*



IMPEDIMENTA



PRIMERA PARTE

— **A**hora que vuestro padre se ha ido... Stella Vaizey vio cómo se tensaban las caras de las dos, hasta alcanzar un estado de alerta aún mayor, y vaciló. ¡Menudo par de pedantes! ¡Qué estiradas, ni que fueran George Washington! ¡Unas optimistas!

—Quiero decir, que ha muerto —se corrigió con firmeza y no sin malicia—. Ahora que vuestro padre ha muerto, nosotros tres nos vamos a vivir a Sídney.

Las caras inexpresivas, los ojos abiertos de par en par, se volvieron hacia la directora del colegio, la señorita Lambert, que se lo confirmó mediante un asentimiento pesaroso.

—En cuanto venda la casa y encuentre un piso en la ciudad —continuó la madre de las niñas, indiferente al intercambio de miradas— se lo haré saber a la señorita Lambert.

Una urraca, un verdugo o algún otro pajarraco que ella esperaba no volver a oír en la ciudad lanzó un canto despreocupado, hermoso en su parsimonia, desde un eucalipto de los

terrenos del colegio. (Alguien suspiró.) Más próximos, los sonidos enérgicos de las canchas de tenis y las risas.

—¿No puedo convencerla para que lo reconsidere, señora Vaizey? Nos gustaría que Laura hiciera aquí los cursos que le faltan. Es una de nuestras mejores estudiantes, como usted ya sabe. —La niña había pensado que podría estudiar medicina, igual que su padre, aunque, cuando la presionaban, confesaba, además, su deseo de cantar ópera. Y pese a lo ridículas e inverosímiles que parecieran esas ideas, era un hecho; debía admitir la señorita Lambert que había personas en el mundo que se dedicaban a la ópera, y que Laura tenía una bonita voz de *mezzosoprano*, que poseía dotes musicales y facilidad para los idiomas. Sin embargo, su pobre y joven padre —de cuarenta y cinco años, cinco menos que la señorita Lambert— había sufrido un ataque al corazón cuando conducía su coche e iba a visitar a un paciente una noche; y ahora, en cierto modo —desde la perspectiva de una directora de colegio— la vida de su hija se hallaba en peligro. (También la de Clare, por supuesto, pero esta solo tenía nueve años, no se encontraba en una edad tan crítica; no obstante, ante preguntas amables acerca de sus planes de futuro, respondía: «No lo sé —a diferencia de otras niñas de su edad, apenas capaces de articular una contestación, ella lo hacía con un aplomo sólido, le gustaba pensar a la señorita Lambert mientras caminaba por el colegio—, a lo mejor fisioterapeuta, señorita Lambert» o «Ser presentada en sociedad, señorita Lambert». ¡Menuda pareja de muchachitas resueltas!)

—Los estudios de Laura... son importantes, de verdad. Hay becas... —murmuró la señorita Lambert, fortaleciendo el tono, ya que Stella Vaizey murmuraba con una seguridad en sí misma serena y algo ofensiva.

—Las niñas comprenden la situación. Su padre no era un hombre práctico.

Apelando a su comprensión, sus hijas miraron a la señora Vaizey dudosas. Les asombraba lo poco que se preocupaba por ellas. Antes, su padre había hecho de mediador; ahora, esa función debía desempeñarla Laura en su provecho y también en el de Clare. Hacía poco, había dicho:

—Maravillosa, sí, e impredecible. Es rara porque no es australiana, me parece a mí. Por fuerza tienes que ser diferente al haber nacido en la India.

Clare dejó un dedo apoyado en su cuaderno azul, pero desvió su atención para clavar sus brillantes ojos grises en su hermana. Al cabo de un examen pueril de su cara, concentrada en un retrato al pastel de la princesa Isabel, los ojos de Clare volvieron a concentrarse en los problemas sobre trenes que viajaban a cien, ciento treinta y ciento cincuenta kilómetros por hora entre tres ciudades lejanas.

—Sí —repitió Laura, frunciendo el ceño a la princesa.

—Mmm. —El asentimiento de Clare recordaba al malhumor de quien se revuelve ante la alarma de un despertador, pero una parte de ella se alegró al oír: *maravillosa, impredecible, nacido en la India.*

Pero hacía diez días, su padre, de quien habían dado por sentado que sería tan longevo como el sol, había resultado ser la persona menos fiable de cuantas habían conocido. La señora Vaizey se había presentado con la noticia y se había ido. Las amigas la rondaban, ahora maliciosas, ahora simpáticas; cuchicheaban al final del pasillo, actuaban como si las hermanas Vaizey hubieran violado las reglas de alguna sociedad secreta. La señorita Lambert y el resto de profesoras fueron amables, pero su impotencia ante los acontecimientos, y el abismo entre las

hermanas y aquella gente, supuestamente afectuosa y cercana, quedó de manifiesto cuando su madre estrechó la mano a la señorita Lambert, les dio un beso y salió del colegio. Una idea se irguió lentamente en el horizonte: todo se reducía a una transacción. Ellas solo eran dinero, palabras y cifras en una factura.

Durante los días restantes en el colegio, las niñas, a menudo, se miraban entre sí, muy sorprendidas por el cambio que el mundo estaba experimentando. No había precedentes de la muerte, de la ruptura de su amistad con Sheila y Rose, que habían creído eterna, o del ser abandonadas (porque así lo sentían) a merced de su madre, a la que no conocían muy bien. Estandartes como la señorita Lambert y el colegio eran, ahora de manera evidente, tan insustanciales como las endebles criaturas moldeadas en arena, a semejanza de personas, por aquel escultor al que vieron una vez en la playa de Sídney.

El padre de Laura —su propio padre— fue quitado de en medio tan fácilmente como los recortes de papel donde ella había escrito «Doctora Laura Vaizey». Dar por sentado el desarrollo de la vida escolar —entrar desde «pequeña» y salir como una persona mayor que había trabajado tanto durante mucho tiempo y había superado un difícil examen— era, según parece, una cuestión inevitable.

Laura había leído libros. En todos, salvo en las escasas historias dramáticas ambientadas en los siglos anteriores, que versaban sobre personajes y circunstancias ridículamente ajenos a ella, todo acababa bien para las jóvenes heroínas. Aunque sus planes se hicieran añicos, y no hubiera ninguna esperanza, al final siempre resultaba que se había producido algún increíble malentendido. Las chicas y sus amados se encaminaban, a continuación, hacia un futuro teñido de todos los colores del arcoíris. ¿Acaso no era ella una joven heroína? Las demás

tragedias (los clásicos que leían de la señorita Lambert) eran hermosas, por supuesto, y muy tristes, pero no se parecían en nada a la realidad. Luego lo que les había sucedido a las Vaizey no podía ser trágico, solo te podía dejar estupefacto, y convertía el futuro en un territorio misterioso que se escapaba de la imaginación. Era extraño hacer planes que no iban más allá de esa tarde o de esa noche, representando el día siguiente, la semana siguiente, un blanco vacío; y el año siguiente, o lo que vendría cinco años después, algo similar al espacio que se extendía a través del mundo. Tenía la sensación de haber perdido un placer vital que no conseguía recordar del todo, o un trozo de sí misma. ¡No había nada con lo que soñar!

Clare llevó su salida del colegio bastante mejor, ya que siempre había tenido la impresión de que la habían enviado allí como castigo o para librarse de ella. Una noche, mucho tiempo atrás, sus padres habían discutido. Dijeron palabras que ella había olvidado, pero cuyo significado sí recordaba. A ella y a Laura no las querían. El colegio era un sitio donde las olvidarían para siempre.

Tampoco nadie, desde que ella llegara allí tres años atrás, le había explicado claramente el fin que supuestamente todas las niñas perseguían. En otros lugares los objetivos estaban más claros, se contaban los comienzos de las historias, incluyendo la razón para estar en un sitio o en otro.

—Quiero que tú y Clare os pongáis manos a la obra desde mañana por la mañana, señorita Muffet.¹

1. Referencia a la canción de cuna inglesa *Little Miss Muffet*, pieza popular de comienzos del siglo XIX. (*Todas las notas son del traductor.*)

Stella Vaizey se recostó en la cama y extendió, en un gesto de renuncia definitiva, una mano pequeña, anillada y con la manicura hecha. Reclinada sobre dos almohadones, fumando un cigarrillo Abdulla, miró con tolerancia a Clare, que ocupaba el taburete del tocador, con las manos apoyadas en las rodillas, las coletas colgando, un pañuelo azul marino medio quitado; también a Laura, que estaba de pie, de espaldas a las ventanas, mientras examinaba la extraña habitación y sus muebles con miradas breves y rápidas. Laura detestaba que la llamara «señorita Muffet». No lo decía con buena intención.

—Tú ya tienes plaza en la escuela de negocios; Clare está matriculada en su colegio, y los dos centros están lo bastante cerca como para ir caminando. Sabéis dónde se encuentran las tiendas, y la playa queda al pie de la colina, así que no hay nada de lo que quejarse, ¿verdad?

¡Se estaba deshaciendo de ellas!

—Y ahora que todo está arreglado, espero que asumáis algunas responsabilidades. Yo estoy *muy* cansada. He pasado por una época muy atareada y desagradable, lidiando con esa caterva de abogados zoquetes y chapuceros, y vendiendo la casa. Ha sido una gran... —Las lágrimas se le agolparon en los ojos. Estornudó, estornudó de nuevo, y se recreó en un gemido, como si dijera: «¡Ahí lo tenéis! Vosotras mismas podéis ver lo mal que lo he pasado».

Era una mujer muy atractiva. Su piel tostada se bronceaba fácilmente; su cara era pequeña y ancha; sus cejas, oscuras, y les daba forma con regularidad, embelleciéndolas aún más; su boca era bonita y los ojos, de mirada dulce, se volvían desde un violeta grisáceo a un ámbar de manera fascinante. Su languidez india y una gracia de movimientos no siempre presentes en la descendencia de los oficiales del ejército británico

habían sorprendido y encandilado a un buen número de jóvenes, ninguno, por cierto, famoso por su perspicacia, siendo uno de ellos David Vaizey. Quedaba claro, incluso para las niñas, que su madre estaba hecha para circunstancias más gratas que aquellas.

—¡Pobre mamá! —dijo cuando estaban en la cocina, con un tono más indiferente que sincero. Clare se desentendió de su madre y se dedicó a columpiarse en una silla.

—Elaboraremos un programa de tareas y haremos listas. ¡Tendrás que ayudarnos!

Laura estaba impresionada con su autoridad. Aun así, era parte de un juego. Incluso su demanda severa fue acompañada de una mirada conspiratoria y divertida a Clare. Con todo, se sentía otra persona.

—Lo haré. Voy a ayudar —protestó Clare con su imaginación viva y especuladora puesta en el juego de casitas que estaban a punto de emprender. Dio un empujón imprudente a la silla y aterrizó de espaldas en el suelo con un golpe que la dejó sin aliento y le produjo un chichón de inmediato en la parte de atrás de la cabeza.

—¡Ten cuidado! —susurró Laura, riéndose, mientras su madre exclamaba en su habitación: «Pero ¿qué demonios...?».

Se rieron bajito mientras Clare se levantaba y la voz de su madre seguía reprochándoles lo desconsideradas que eran haciendo tanto ruido. Y continuaron riéndose —ahora que habían empezado no podían parar— por alguna cuestión vergonzosa relacionada con su padre, al que tampoco habían conocido mucho; porque aquel era su primer día en la casa nueva, un piso amueblado en un suburbio anónimo —es más: en una ciudad inmensa, Sídney—, y al día siguiente tendrían que ir ellas solas a centros de estudio desconocidos.

Se rieron, y tuvieron que sentarse; y siguieron riéndose, y se mordieron las manos, y se abrazaron el vientre, y volvían a partirse de risa en cuanto parecía que la diversión se estaba acabando. Rieron hasta quedarse vacías, y casi de inmediato se sintieron muy cansadas. Olían los aromas limpios y desconocidos del piso —pintura nueva, armarios vacíos— y las ráfagas de aire con sal que hacían tabletear las ventanas.

—Se levantará mañana o pasado mañana.

Clare tuvo un escalofrío y bostezó, y al levantarse para ir a la cama se tropezó sin razón aparente y arrancó a reír de nuevo. E incluso mientras se reía, un pánico desconocido y silencioso brotó de su interior y pensó, con una feroz intransigencia: «Quiero irme a casa». Estaba atrapada. Quería irse a casa. Laura estaba cerrando la puerta trasera, y sus brazos se veían pálidos y débiles. Laura no sabía más que ella.

El colegio, las profesoras y las amigas las habían abandonado. Su padre no estaba. «Quiero irme a casa», volvió a pensar Clare tercamente, y su mente luchaba contra la certeza de que, en realidad, no había ningún sitio adonde quisiera ir. Atrapada, expuesta, helada... No se podía fiar de nada. ¡Todo estaba mal! Dio una patada a la silla que la había hecho caer.

—¿Cómo eran las chicas que había en el colegio? —Laura lavaba con cuidado las chuletas que, sigilosas y testarudas, se habían deslizado de la parrilla y habían caído sobre el linóleo.

—Estaban bien. Una dijo que hablo de manera afectada. Yo *no* hablo raro. Le dije que era por las clases de dicción de la señorita Carroll. ¿Qué tal en tu clase? —Puso los cubiertos en la bandeja de su madre.

—Bien.

Laura había aprendido unas cuantas cosas significativas sin ninguna relación con la taquigrafía y la mecanografía: por ejemplo, que era penoso, horrible, no tener novio; que era repugnante llevar trenzas y no usar maquillaje; que era raro no tener padre y que, además, tu madre no necesite trabajar; que era el mismísimo nadir del aburrimiento para una chica de su edad no ser capaz de hablar sobre películas ni sobre estrellas de música.

—Espero que me guste el sitio. Cuando las conozca mejor. . .

A un lado de la mesa del comedor, Laura hacía ejercicios de taquigrafía; en el otro, Clare curioseaba un atlas.

—¿Cuánto tiempo —preguntó esta con los ojos vagando por el colorido mundo—, cuánto tiempo crees que mamá se quedará en la cama? Porque ya lleva semanas ahí. A mí no me parece que esté muy enferma. —Clare miró hacia la cocina, donde los platos sucios formaban deprimentes montones en el fregadero; se presionó la cara con los puños, deformándola, y bizqueó.

Laura afiló el lápiz con una cuchilla de afeitar.

—Son los nervios —dijo confiada, devolviendo la mirada a su hermana; luego bajó los ojos. Era importante creer que tu madre, al menos, era de fiar, al menos. Ella, Laura, era siete años mayor que Clare, así que dependían de ella. . .

—Vale, pero —dijo Clare sombría, tras considerar durante unos segundos la explicación de los nervios de su madre— ¿por qué no nos deja salir ni hacer nada?

—Fuimos a nadar el domingo y nos ha dejado ir al cine el próximo sábado por la tarde. —Laura apretó la punta recién afilada del lápiz contra el papel y la rompió.

—Sí, pero ya sabes lo que quiero decir. Siempre nosotras solas. ¿Por qué no puedo ir a ver a otra niña?

—Porque le gusta saber dónde y con quién estamos —Laura dejó de afilar el lápiz y volvió a levantar la mirada—, y ellas no pueden venir aquí porque el señor y la señora Kirby, los vecinos de abajo, son los propietarios y nos echarían a la calle si traieras a cincuenta amiguitas ruidosas a casa.

Clare meneó los hombros y dirigió una mueca al mapa del mundo.

—¡La India!

—En cualquier caso, ¿cuándo habría tiempo? —preguntó Laura sin esperar una respuesta.

Rara vez estaban sin nada que hacer. Las tardes daban paso a las noches, mientras ellas compraban tomates y manzanas, pelaban patatas, fregaban el suelo del cuarto de baño y de la cocina, preparaban la cena, hacían los deberes; y el sábado había compras que hacer, alfombras que aspirar, colada que escurrir y colgar; luego, el domingo, tocaba plancha, más cocina y los deberes. Aunque también iban a nadar, ahora que volvía a hacer calor.

Hizo la pregunta y Clare aceptó sin quejarse la declaración implícita. Nadie las supervisaba. Laura entonaba su grata voz a diario y le gustaba mirar por la ventana de su cuarto los tres enormes y triunfantes árboles de fuego illawarra en la ladera, al otro lado del campo de críquet, con las ramas enmarañadas. Clare disfrutaba deslizándose por el pasamanos hasta la planta baja. Le gustaba correr, leer, nadar y cantar.

Corrían cuesta abajo, pasando por delante de los edificios de dos y de tres pisos iguales al suyo, y frente a la iglesia de piedra gris, que parecía mantener el equilibrio en la pendiente. Se paraban a recuperar el aliento y corrían de nuevo, se

paraban a esperar a que se interrumpiera el tráfico y corrían, y las largas trenzas les sacudían la espalda y los hombros; al fin, alcanzaban la explanada: el semicírculo de pinos y de fina arena amarilla más allá del cual solo estaba el Pacífico. Si bien se sentían inseguras acerca de todo lo demás, sí tenían la certeza de que aquel era un límite. Las desconcertaba. Obligadas a parar de golpe, miraban y miraban antes de, en cierto sentido, abandonar, y con la vista al frente, rindiéndose, las rodillas rígidas, bajaban los escalones hacia la playa.

—¿Te has acordado de cambiar los libros, Laura?

Stella Vaizey estaba tumbada en su sofá tapizado de terciopelo azul oscuro, al pie de las ventanas, peinándose las cejas con un cepillo diminuto, comprobando el resultado en el espejo oblongo de su bolso.

—Sí, he traído dos de cada. No sé qué tal estarán.

A petición de su madre, se había hecho socia de la biblioteca donde podían sacar libros por tres peniques. La señora Vaizey hojeaba y picoteaba las novelas y los poco exigentes relatos de viajes que Laura le llevaba, pero el piso permanecía horas sumido en un silencio continuado. Mientras, en guaridas ocultas detrás de almohadones y de los altos respaldos de las sillas o en el corredor entre la lavandería de ladrillo y la valla de estacas, las páginas impresas eran consumidas por las hijas con tal fervor que objetos menos maravillosos que las palabras habrían quedado deslucidos.

—Fui a la ciudad esta tarde. Unos amigos de papá, del pueblo, me llamaron.

Laura se sentó en el taburete, inclinada hacia delante, escuchando con atención.

—¿Quiénes? ¿Qué te decían? ¿Se acuerdan de nosotras?

No le sorprendió, como pasó la primera vez, enterarse de que su madre había salido. Con frecuencia, ahora que el inicio del verano daba lugar a mañanas de una transparencia sin igual, de una brillantez notable y cantarina, su madre salía a pasear. Miraba escaparates, mataba el tiempo y tomaba el café. Iba a la peluquería y veía a visitas que venían del campo. Tomaba asiento en las tumbonas de lona desteñida que miraban al océano, leía lo que los astrólogos predecían para la semana venidera y escribía a su hermano Edward, que vivía en la India, y a parientes lejanos de Somerset. Aún más importante, había empezado a jugar al *bridge* tres o cuatro veces a la semana con un grupo de mujeres que se reunían en el piso de su vecina de abajo, la señora Casson.

Stella Vaizey estaba convaleciente. No vivía con sus hijas, más bien se alojaba con ellas. Lánguida, indiferente, se dejaba cuidar. Se atrevía ahora a salir porque a las niñas les había quedado claro, sin que se dijera ni una palabra al respecto, que alguien tan delicado no debía trabajar. *Ellas* eran australianas, mortales de talla media, carentes, en buena medida, de la fragilidad y de la herencia exótica de su madre. Era natural que corrieran de acá para allá, que se despellejaran las espinillas y las caderas, que sufrieran cortes en los dedos y que les salieran ojeras en el proceso de apañárselas por su cuenta para salir adelante, tanto a ellas como a su madre.

En la ciudad, al margen de sus compañeras de cartas, la señora Vaizey no conocía a nadie. El tío cuya presencia en Australia había sido su pretexto para visitar el país, y en cuya casa había conocido a David Vaizey, había muerto. La hermana de David estaba casada y vivía en Canadá. Su padre, ya anciano, al que ella nunca había conocido, vivía en alguna

parte al norte de Queensland con su segunda mujer. Era improbable que alguna solución para su futuro pudiera provenir de ellos, aun así...

—Algo muy muy bueno sucederá un día de estos —se prometía a sí misma, hablando en voz alta con Clare.

¿Qué? Clare miraba cómo su madre raspaba una cerilla contra la caja y encendía un cigarrillo. Fascinada, con una intensidad casi de enamorada, Clare observó enroscarse el humo. Ella la *conocía*, pero algo maravilloso iba a pasar. Lo decía su madre.

—¿Quién sabe? Podría abrir una tienda de regalos en la Explanada o en el Corso con el poco dinero que nos dejó papá. O me pregunto si una floristería...

Alzó la cabeza hacia el espejo que siempre tenía al alcance de la mano e inspeccionó su terso y tostado reflejo. Qué finamente diseñada estaba. Incluso su cabello, pesado y suave, peinado en lo que la señorita Lowe, de la peluquería de su misma calle, llamaba «un estilo egipcio esculpido», parecía en cierto modo premeditado. Un marido rico, claro está, era la solución obvia.

—¡Sí, una tienda de regalos! —dijo Laura mostrando su sincero apoyo a la idea—. ¡O una floristería!

Ella y Clare habían respondido con elogios y con ánimos genuinos a docenas de especulaciones de tal índole por parte de su madre. Desafortunadamente, la combinación de sus ideas y el apoyo de las hijas siempre tenía el efecto de aniquilar cualquier iniciativa. Sin embargo...

Laura aprobó lo que llamaban «exámenes» en la escuela de negocios y recibió los elogios del señor Sparks, el director, que tenía un bigote negro.

—Como nuestra mejor alumna, Laura, podrías escoger entre todas las ofertas de trabajo de nuestra lista, pero tu madre quiere que encuentres algo en los alrededores, ¿no es así? Ganarías más en la ciudad. —Jim Sparks, treinta y cinco años, destinado a pasarse la vida cuidando de su madre inválida, alzó el bigote en un gesto de interrogación.

—Es por el tiempo de los desplazamientos. Ayudo en casa.

—Bueno. Eso no nos deja mucho donde elegir. —Sus pálidos dedos recorrieron el tarjetero con un movimiento circular—. Fábrica de Cajas Shaw. Un sueldo aceptable para empezar. Sábados libres.

Laura se había cortado esa misma tarde las trenzas castaño claro y decoloradas por el sol, y el pelo le colgaba en ondas naturales hasta los hombros. Sus asombrados ojos azules habían contemplado su nueva cara. Sentía algo difícil de entender. Se le pasó por la cabeza achacarlo al pelo, que nunca se había cortado. Pero fue solo que la realidad, manifestada en el sonido de unas pocas palabras, le había encogido el corazón.

Fábrica de Cajas Shaw. Doctora Laura Vaizey... Laura Vaizey en Covent Garden...

Era como alguien que, habiendo afrontado con valentía los preparativos para una operación, que casi con toda certeza truncaría su vida, se daba cuenta, con un terrible estremecimiento, justo cuando la máscara del anestesista descendía hacia ella, que aquello estaba pasando de verdad, y que era inevitable; gritar y resistirse no serviría de nada.

—Bueno, si es el trabajo que el señor Sparks ha sugerido...

Su madre accedió sin pensarlo a la decisión del director de la escuela de negocios y siguió escribiendo su carta a Edward. En lugar de evaporarse, como la madre había esperado que hiciera, Laura se quedó donde estaba. Su presencia silenciosa

hizo que la señora Vaizey levantara la vista, un poco molesta, pero sintiéndose obligada a añadir:

—Algo muy bueno sucederá pronto, ¡ya lo verás!

La madre se estaba frotando delicadamente el mentón con la mano izquierda.

—¡No me digas que me ha picado un mosquito! Si tu padre lo hubiera sabido... Pero, en cualquier caso, tú eres un ama de casa nata, una esposa excelente. Y tienes esa carita tan particular, esos ojos y esos dientes tan bonitos y una cintura estrecha. Tú... —se acarició el mentón preocupada—, conocerás a alguien... —hizo otra pausa.

Laura salió de la habitación.

El señor Shaw, de la Fábrica de Cajas Shaw, era un hombre moreno y peripuesto de cuarenta y cuatro años pero que parecía estar más cerca de los cincuenta. Cuando ella llevaba sus tacones de cinco centímetros, era solo un poco más alto que Laura. Acostumbraba a vestir un traje marrón con la chaqueta desabotonada y un sombrero marrón oscuro en un apuesto ángulo sobre el pelo negro y espeso. Unas cejas tupidas y despeinadas enmarcaban sus ojos, de una oscuridad extrema, con grandes iris y casi sin blanco. Por las tardes, alrededor de las cuatro, la barba le empezaba a despuntar. Parecía un pirata, y las personas que nunca habían visto a un turco o a un persa pensaban que también se parecía a esos extranjeros.

La mayor parte del tiempo estaba fuera recogiendo materiales o repartiendo pedidos. Cuando iba a la fábrica su atención iba, con la fijeza inflexible de una máquina primitiva, de un objeto a otro: un libro mayor, un periódico, un envase lleno de cajas de pequeño tamaño. Rara vez hablaba y cuando lo hacía era solo acerca de la tarea que en ese momento colmaba su atención. La voz le chirriaba y le raspaba,

como si siempre estuviera ronco de tanto gritar. Como tenía la costumbre de hablar sin especificar a qué miembro del personal se estaba dirigiendo (por ejemplo, mirándolo a la cara) y dado que tenía tendencia a hablar como si lo hiciera para sí mismo, muy a menudo le pedían que repitiera sus instrucciones. De cuando en cuando, esto le enfadaba, pero, por lo general, parecía no percatarse de la presencia de los demás.

En la única estancia de la fábrica, cinco chicas se sentaban en un banco largo frente a una hilera de ventanas; en la pared de ladrillo, apenas visible al otro lado de los sucios cristales, leían, un día tras otro, en letras verdes sobre fondo amarillo: TOME TÉ TRIXIE: ¡SABROSO, APETITOSO Y TENTADOR!

Láminas de celofán con los pliegues marcados y cortadas en forma de cruz por una guillotina se apilaban a la derecha de cada chica. Bastaban cuatro brochazos de pegamento y apretar durante un momento para completar una caja. Torres de esos cubos incoloros se alzaban a diario; las chicas competían entre ellas para ver quién hacía más y se llevaba más dinero.

Los floristas eran los principales clientes de Shaw, pero las joyerías y los grandes almacenes estaban empezando a hacer pedidos grandes también. La radio sonaba todo el día. Las chicas trabajaban rápido y cantaban con voz ronca.

Tras examinarla durante varias horas, se mostraron desenfadas y amables con la nueva de la oficina, que mecanografiaba apartada de ellas, frente a la misma pared mugrienta. Se compadecían genuinamente de cualquiera que tuviera que escribir mediante taquigrafía y hacer números. En particular, porque ellas ganaban más dinero y trabajaban las mismas horas. Sí, eran muy cordiales con ella.

—¿Cómo te va, Laurie? ¿Qué harás por la tarde, cariño?

Fisgaban la página que estuviera escribiendo a máquina, su cuaderno de notas, apoyándole las cálidas manos en los hombros. Ociosas por un instante, afables y condescendientes, oliendo a polvos faciales, a cebollas encurtidas y a pegamento, hacían un descanso para bromear con ella.

En su cuarto día en la fábrica, Laura soltó un chillido al ver a dos ratas enormes acercarse hacia ella tranquilamente a lo largo del anaquel que había tras las chicas.

Aileen y Greta, las mayores, se morían de risa sobre sus cajas.

—¡Son nuestras mascotas! ¿No te gustan? ¡Les damos las sobras! ¡No te harán nada! Tienen más miedo de ti que tú de ellas.

Las jóvenes —Shirley, Diane y Bernadette— gritaban a la vez:

—A ellas tampoco les gustan los restos, Laurie. Se burlan de ti. ¡Qué bichos tan asquerosos! Las ratas, ¡hablamos de las ratas! —chillaban, voces y caras deformadas por las risas mientras las mayores amenazaban con romperles la crisma.

De regreso en la fábrica, a las tres de la tarde, el señor Shaw se encontró con una lata de veneno en su mesa. Leyó la etiqueta; despacio, dio la vuelta a la lata, alzó la vista y miró a Laura como si fuera la primera vez que la veía.

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido? —Su voz, áspera y calmosa.

Laura le dijo que lo había comprado ella y por qué.

El señor Shaw se echó a reír de una manera desconcertante. Parecía... divertido, pensó Laura, pero se reía igual que la gente en las pantomimas, como los actores que interpretaban a ancianas, como si se escuchara reír a sí mismo.

Laura empalideció, le devolvió la sonrisa por compromiso y preguntó, sintiéndose servil, si podía poner ella misma el veneno.

—¡Claro! ¡Claro! —Con una brusquedad pasmosa, el señor Shaw dejó de reír y miró a Laura con semblante muy serio, como si ella hubiera sacado a colación un tema completamente distinto y le estuviera pidiendo que echara a la calle a la mitad de la plantilla. Le pareció, y se avergonzó por sentirse así, como si hubiera suplicado un favor inmenso. Al fin y al cabo, en cierto modo, las ratas *pertenecían* a aquel hombre.

Le flaquearon los nervios; no entendía nada. Y al verla flaquear, el señor Shaw se rio de nuevo, de un modo que pretendía tranquilizarla, pero sin llegar a conseguirlo.

—¡Muy bien! —declaró, eliminando cualquier duda—. ¡Vamos allá! Lo pondré yo mismo. —Aquella chica había gastado su propio dinero para librarse de las ratas de la fábrica. El hecho no dejaba de asombrarlo. No le dejaba indiferente, en absoluto—. Te ahorraré el trabajo —añadió.

Después de aquello, Laura sintió una especie de lealtad vaga hacia aquel hombre. De algún modo, estaba en deuda con él.

La señora Vaizey estaba sentada al sol en el diminuto balcón trasero del piso. Del conducto de basura que bajaba hasta el incinerador llegaba un tenue aunque desagradable olor a papel quemado. Miró de mal humor el cielo azul, las fachadas de ladrillo rojo de otros edificios idénticos al suyo y dos pares de pantalones de pijama a rayas, en el colgador de la vivienda contigua, que el viento hacía danzar.

Escribió a su hermano Edward: «Algo tiene que pasar pronto. Esto no puede seguir así. Mis parientes están todos en Inglaterra. Vivir en un suburbio no es una opción. A las niñas no les importa. Son hijas de su padre».

Las niñas hacían las compras del sábado, las bolsas de malla brincando y entrechocándose. Se abrieron paso para entrar en la carnicería y esperaron pegadas a las espaldas de las mujeres y las ijadas de ternera.

Al salir, Clare estaba radiante.

—Laura. Esa chica de los pantalones azules que estaba dentro. Me ha sonreído. Laura. Parecía maja. Me ha parecido que iba a decirme algo. ¿Laura? Me pregunto...

Laura estaba examinando la lista de la compra. Miró a Clare.

—¿Dónde estabas?

—Aquí. Te decía que...

Nadie escuchaba. Era como si no tuviera voz. Caminaron juntas. La bonita cara de Clare estaba un poco sonrojada y, por culpa del calor que hacía ese día, tan húmeda como la hoja de una planta tropical. Aun así, desbordaba luminosidad, cosas que decir, entusiasmo.

—¡Laura! ¡Laura! Escucha. En aquella cafetería de atrás había un hombre igualito a papá. Él también nos vio. Podría habernos dicho algo, si no hubiéramos ido tan rápido.

Laura chasqueó la lengua mientras sorteaban a los viandantes más lentos.

—Seguramente iba a decirte que dejaras de mirarle. Lo haces siempre.

—No, no iba a hacerlo. Yo no lo hago. —Clare se defendió y arrastró los pies con la vista en el suelo durante un rato.

Sabía que siempre estaba... no exactamente mirando a la gente, sino buscándola. Buscándola.

—Bueno, ya basta. —Laura alcanzó a ver, a través de la concurrida calle, el paso de peatones que tenían que cruzar para ir a su casa, a continuación miró a su hermana, cuyas gruesas coletas se balanceaban sobre los hombros. Enfadada sin un motivo claro, dijo—: No se puede hablar a otras personas en la calle si no las conoces, Clare.

—¿Por qué? ¿Qué pasa si lo haces?

En las películas, en las matinés del sábado, los desconocidos hablaban entre ellos constantemente. También bailaban encima de las mesas y cantaban al aire libre, y nadie parecía sorprenderse. Si se hacía llevado por la pura amabilidad, no había ninguna buena razón, que ella supiera, para que no pudiera hablar con la primera persona con que se cruzara por la calle.

—¿Por qué no hay que hacerlo?

—Te entiendo —dijo Laura a regañadientes, cambiando la pesada bolsa de la mano derecha a la izquierda—. ¡Cuidado con el autobús, Clare!

Cruzaron zigzagueando la calle y siguieron por una avenida sombreada por higueiras de Bahía Moreton. Era cierto. Si no conocías a nadie, pensó Laura, y no se te permitía hablar con alguien hasta que lo conocieras, ¿cómo podías conocer a otras personas? Porque tú también eras una desconocida, y tampoco podían hablar contigo.

Suspiró.

—Laura. Ya llevamos mucho tiempo en Sídney, ¿verdad? Lo he calculado.

Laura asintió, pensando en la fábrica. El sol calentaba con rabia. Subieron fatigosamente la colina mirando sin decir

nada los hibiscos de color melocotón y rosa pálido, cubiertos de abejas, que jalonaban el camino.

Despierta en la cama, Laura oyó chirriar en la esquina las ruedas de la furgoneta de reparto. Los cuatro periódicos, enrollados con fuerza, fueron arrojados —con mal genio, por el ruido que hicieron— al vestíbulo de falso mármol.

Clare seguía dormida, apenas distinguible bajo la ropa de cama. Laura salió con sigilo de la habitación, se deslizó escaleras abajo, luego escaleras arriba y, en la cocina, sobre la mesa de color hígado, desplegó el *Sydney Morning Herald* por la página con los resultados del Examen Final de Secundaria. Con un extraño regocijo, localizó los correspondientes a su colegio y examinó la lista, tomando nota mental de las ausencias. Jacqueline Smith había suspendido, y lo mismo Paule, y lo mismo Ruth. Sí, faltaban otros nombres además del de Laura.

Dio un brinco. En el dormitorio, el despertador sonó frenético. Si nadie lo paraba, era capaz de desplazarse vibrando malhumorado hasta caer del tocador. Se le encogió el corazón. El silencio volvió de repente y Laura soltó el aire y, distraídamente, trató de plegar el periódico.

Después de ducharse, volvió a la cocina para preparar el desayuno y la bandeja de su madre.

«Ni siquiera el dinero puede comprarlo todo.»

La idea brotó con ánimo vengativo en su cabeza mientras vertía los inofensivos cereales en tres platos. Se detuvo, irguió la caja, se detuvo la cascada.

«El dinero no puede comprarlo todo.»

La idea regresó con un deje de triunfo que nada tenía de correcto; estaba impactada. A toda prisa, dejó la caja, encendió la radio y la cafetera, cortó el pan para las tostadas y escuchó, presa de una gran inquietud, un anuncio de cigarrillos.